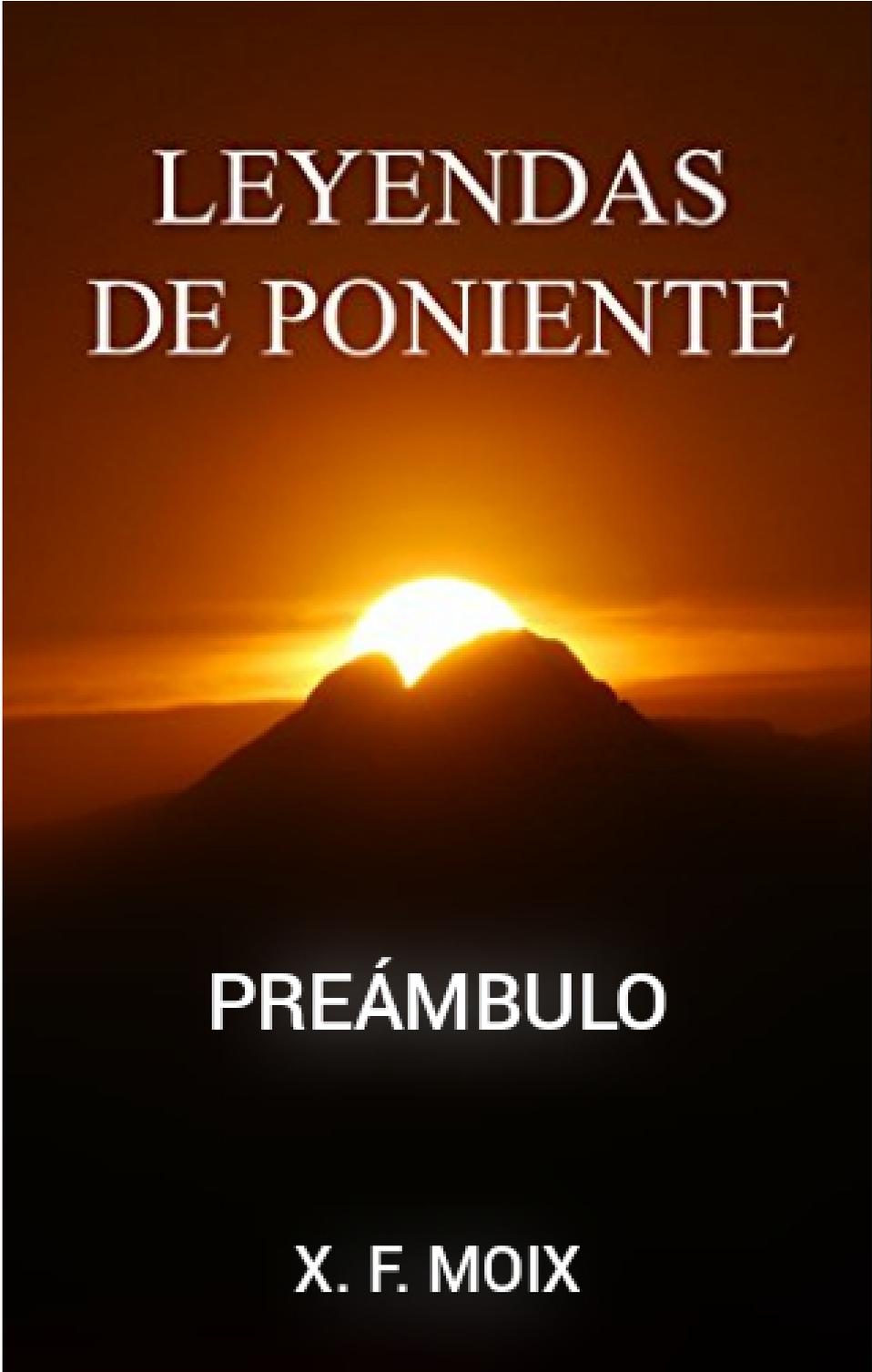


LEYENDAS DE PONIENTE. PREAMBULO

X. F. Moix



LEYENDAS  
DE PONIENTE

PREÁMBULO

X. F. MOIX

# Capítulo 1

## **LEYENDAS DE PONIENTE**

### **PREÁMBULO**

### **SUEÑOS DISTANTES**

El olor de la leña desprendía un aroma intenso en el hogar, durante las frías noches en que la familia de Isidro se reunía alrededor de la hoguera. Era en esos instantes, cuando la iluminación producida por las llamas, formaba extrañas e inquietantes sombras proyectadas en las paredes. Criaturas legendarias de otros tiempos, parecían cobrar vida cuando alguien relataba aquellas historias fantásticas, que deleitaban al pequeño Isidro.

Un fuerte ruido interrumpió la apacible reunión familiar. Su padre abandonó la estancia para dirigirse hacia la entrada de la casa. La madre cerró silenciosamente la puerta y retiró unos muebles para descubrir un pequeño recoveco. Siguiendo sus órdenes, Isidro se resguardó en el interior.

-¡No hagas ningún ruido! –dijo la mujer, mientras cubría el escondite con una alfombra.

La puerta se abrió violentamente. Un hombre armado la agarró y se la llevó. Un segundo individuo, permaneció unos instantes en la estancia, escudriñando alrededor.

-Seguro que estos mal nacidos, han escondido algo por aquí.

Inspeccionó cajones, tirando al suelo todo aquello que no consideraba valioso. Isidro se asustó e hizo crujir uno de los tablones de madera que tenía bajo sus pies. Al buscar el origen del sospechoso ruido, el hombre no tardó en encontrarle. Isidro forcejeó y gritó, intentando que no le apresara. Su padre interceptó al agresor y le asestó un fuerte puñetazo.

-¡Corre hijo! ¡Huye de aquí! –le ordenó

Isidro sin pensárselo, se escabulló a través de una ventana. Al cruzar por una de las calles, alguien lo agarró y lo ocultó entre unos pestilentes escombros. Guardaron silencio durante un tiempo prudencial. Cuando los hombres dejaron de patrullar por la zona, su oportuno benefactor le ofreció cobijo en su hogar. Era Bernardino, su más fiel amigo.

-¡Por una vez, vuestras escaramuzas por sitios malolientes, han servido para algo! –exclamó el padre de familia, al verles. -Ahora es necesario

que tomemos decisiones importantes. El futuro de nuestra comunidad está gravemente amenazado.

Aquella noche fue la primera en la que Isidro padecería insomnio. Muchas más estarían por llegar. Le invadió una densa bruma de incertidumbre, soledad y desamparo. Nunca más escucharía la nana que su madre le cantaba al oído, mientras lo arropaba para dormirle.

## TRANSGRESION

Pasaron los días y no había noticias sobre el paradero ni la suerte de los padres de Isidro.

-Está claro que alguien los ha acusado de herejes. Todos sabemos que existen espías, haciéndose pasar por ciudadanos. –afirmó enfadado, un aldeano.

El grupo de vecinos, entre los que se encontraba el padre de Bernardino, estaban reunidos en el sótano de un taller. La mayor parte de los presentes pertenecían al gremio de los artesanos, y en sus rostros se reflejaba la indignación por lo ocurrido.

-Todo esto es por culpa de los Inquisidores, que año tras año sienten el desgaste que el Reino sufre desde que se iniciaran las disputas con Francia y otros países enemigos. Vivimos en un periodo conflictivo donde las guerras han empobrecido las arcas reales. Para sobrellevar esta crisis necesitan rehabilitar el comercio. Ahora los monarcas depositan sus esperanzas en nosotros los mercaderes, despojando a los religiosos del trato favorito. Aunque la Fe mueva montañas, el dinero alimenta a los ejércitos. A los Inquisidores esto les llena de temor e ira, pues ven su doctrina amenazada por la sombra del paganismo extranjero; que puede entrar en contacto a través de nosotros. Nuestros actos están cada vez más controlados.

-Tabernas, mercados, plazas, hospederías...nada se libra de la presencia de posibles espías que interpretan en cualquier mirada o palabra, un motivo suficiente para culparnos de contagiar a la población con ideología herética extranjera. El acto de reunirnos aquí hoy, sería motivo suficiente de arresto -aseguró otro compañero.

-Cierto, además muchos de nosotros procedemos de Francia. Aquí hemos creado una familia y aun así algunos continúan llamándonos "*gascones*". ¡La condición de inmigrante sabemos cuándo empieza, pero nunca cuándo acabará! No estaremos libres de sospecha, vayamos donde vayamos. Un amigo, perdió su negocio después de sufrir prisión .Y todo por culpa de unas acusaciones falsas, realizadas por un cliente con quien había tenido una disputa. Cuando las autoridades lo liberaron, descubrió a su mujer e hijos mendigando por las calles. A pesar de todo ello, muchos hemos

logrado perdurar frente a las adversidades. Pido que mantengáis vuestra Fe, como seguro harán Diego y Amalia, aunque estén apresados.

-¡En esas cárceles, se doblega la voluntad y se consigue quebrantar la resistencia de quienes encierran! Su hijo Isidro continúa junto a nosotros, pero no podrá gozar de la seguridad de vivir sin el riesgo a ser descubierto. Por ser hijo de herejes, estará expropiado de cualquier pertenencia que sus padres tuvieran. Puede que le espere el destierro y una vida de mendicidad. Creo que nadie le desea semejante destino.

-Muchos de nosotros nos ofreceríamos para ocuparnos de él. Pero pensad: tarde o temprano alguien se percatará de su existencia. E inevitablemente la familia adoptiva estará en grave peligro. De momento podemos ocultarle. Pero debemos tomar una decisión. Su futuro no se encuentra aquí, ni junto a nosotros.

### **UN LEJANO HOGAR**

Mientras Isidro permaneció bajo el cuidado y protección de los padres de Bernardino, no le faltó atención ni afecto. Pero llegó el momento de abandonar la aldea. No entendió muy bien por qué le obligaban a huir, ni por qué sus padres no regresaron a buscarle.

Un joven mercader amigo de la familia, fue el encargado de ocultarle en su carro. Se llamaba Miquel Capdevila. Él le conseguiría un hogar en Francia. Uno de sus parientes estaba dispuesto a adoptarle, pero hasta entonces, era prudente organizar los preparativos oportunos para cruzar la frontera sin ser detectados. Para ello, pasaría unos días en casa de Capdevila. Era una masía alejada de cualquier población, rodeada por un frondoso bosque y más allá, un hermoso lago de aguas cristalinas. Vivía junto a su esposa; de largos cabellos dorados, ojos esmeralda y piel clara; su hija recién nacida y un grupo de alegres jóvenes que estaban bajo su tutela.

En días soleados, su esposa aprovechaba para ir junto con los chicos, al lago. Su hermoso y delicado rostro reflejaba melancolía cuando se aproximaba a la orilla y observaba el agua. Abstraída en su reflejo, mostraba deseos por zambullirse. Pero nunca lo hacía. Cuando regresaba a casa, Capdevila reconocía en la mirada de su esposa, ese recurrente deseo reprimido. Quería pedirle que olvidara su pasado y que abrazara el presente. Cada día notaba que el corazón de su amada se alejaba más de él. La reclusión de su espíritu, era mayor de lo que podía imaginar. Eso le apenaba, pues sabía que gracias al sacrificio de ella, él gozaba de una felicidad inmerecida. Antes de conocerla, era un mercader fracasado, que malvendía productos de escasa calidad. Todo eso cambió cuando ella le entregó su amor y abandonó su hogar y familia.

Isidro, por las noches, contemplaba la silueta de aquella extraña, silenciosa y solitaria mujer desplazándose por el bosque; iluminado por la luz plateada de la Luna. Dirigiéndose a un lugar desconocido.

## **EL ABRAZO DE LOS ARBOLES**

Un fantasmagórico hayedo deshojado, envolvía a la mujer; que vestía una delicada túnica blanca. No se alumbraba de forma alguna. De su propio cuerpo, emanaba la luz necesaria que la ayudaba a deambular por el lugar. El misticismo del bosque aumentaba con su presencia; pues parecía más una hermosa alma en pena, que un ser humano. De repente se detuvo y giró su rostro hacia Isidro, que desde una distancia prudencial, la seguía. Le extendió un brazo, ofreciéndole una amistosa invitación para que la acompañara.

Los troncos de las hayas se alzaban rectos, sus cortezas lisas mostraban pigmentaciones blanquecinas diseminadas en la superficie. Los árboles alcanzaban alturas superiores a treinta metros. Algunos de los más aislados, crecían de forma irregular. Como si perversos guardianes fueran, sus ramas se alargaban torciéndose hacia el suelo; queriendo quizás, apresar a los incautos que desearan huir antes del amanecer. En el suelo apenas crecía vegetación; ningún árbol quería arraigar en medio de ese bosque que ostentaba su hegemonía desde hacía siglos.

-Percibo que intentas silenciar los tormentos que te acosan noche tras noche, desde que perdiste a tu familia. Acompáñame...

-¿Usted puede ayudarme? ¿Cómo? -preguntó con cierta timidez Isidro

A escasos metros del lago, encontraron un robusto y majestuoso roble. Su tronco era muy grueso y empezaba a ramificarse a quince metros de altura. Su copa ancha, con ramas ondulantes y nudosas, estaban adornadas con numerosas bellotas.

-Te presento al habitante más anciano de estas tierras. Su corteza resquebrajada sigue siendo testigo silencioso del lento transcurrir de los siglos. -La mujer extendió la palma de la mano a escasos centímetros de su corteza. -Hermano árbol, en esta oscura noche vengo hacia ti para acompañarte en tu larga soledad. Permite que conectemos nuestros cuerpos mediante un abrazo, y que nuestras energías fluyan para purificarnos mutuamente.

-¿Qué está haciendo? ¿Habla con un árbol? -preguntó, sumamente desconcertado, Isidro

La mujer permaneció con los ojos cerrados, mientras lentamente recorría el ancho del tronco de cuatro metros de diámetro, y lo acariciaba con la mano.

-Esto es lo que quería mostrarte: la forma de comunicarte con la naturaleza. Percibir la realidad de la vida más allá de lo que tus ojos ven. Escuchar y sentir a través del alma. Todos los seres vivos estamos conectados mediante lazos invisibles. Estas conexiones las trazan con mayor intensidad los árboles, que son quienes más tiempo viven en este mundo. Por tanto, es nuestro deber respetarlos y velar por su bienestar. Son nuestros guardianes. Seguirán alzándose a los pies de innumerables seres, que corretearán alrededor de sus troncos; inconscientes de que sus breves existencias están unidas a ellos. Pues sus cuerpos nutrirán la tierra de la que ellos se alimentarán. ¿Quieres acercarte a él y sentir su poder? - Isidro cambió de actitud y expresión. Tenía cierta aversión hacia aquel tronco agrietado, cubierto de musgo e insectos. - Necesitarás afrontar tu vida con renovada fortaleza. Él ayudará a equilibrar tu energía interior. Abrázale y transmítele todos tus sentimientos, sin temor y con humildad. Acabará respondiéndote en su lenguaje. Si logras comprenderle, percibirás el mundo desde otra perspectiva.

Isidro se acercó lentamente. Notó el tacto rugoso de siglos de existencia. Una intensa emoción se apoderó de él. Y se abrazó al grueso tronco. Ambos intercambiaron sus energías. A partir de ese momento, su forma de percibir el mundo, cambió para siempre.

## **CONTRABANDO**

Desde 1618 la corona Hispánica, junto a otras potencias militares, luchaban por el control de Europa en una guerra que duraría tres décadas. La amenaza era constante; el protestantismo se extendía por el Norte desde los Países Bajos hasta los Pirineos, y por el Sur a través del mediterráneo, los moriscos y otomanos. Debido a ello, se vio aumentada la vigilancia fronteriza.

El principado de Cataluña, incluyendo sus tierras pirenaicas colindantes, contaba con poca población, por lo que se fomentó el incremento de la inmigración francesa; mucha de ella procedente de la región de Languedoc. La cordillera montañosa de los Pirineos era el escenario de constantes disputas entre reinos, por no estar suficientemente delimitados sus territorios. Gracias a ello, los pasos angostos, perdidos entre profundas gargantas, ofrecían una oportunidad para todos aquellos hombres que desearan aventurarse hacia una tierra fértil y llena de oportunidades. Esas brechas trazadas entre valles, riscos o quebradas, facilitaban el encubrimiento de más de un acto ilegal. El tráfico de productos entre los dos países era una actividad que ofrecía a los

contrabandistas muchas ganancias.

-¡Incluso puede que hoy me sobren monedas para gastar en alguna taberna o burdel decente! –dijo Arnaud Fournier; un francés que se dedicaba a realizar las funciones de *pasador*.

Capdevila había investigado con ayuda de Fournier, el modo más efectivo de cruzar la frontera. Ambos hombres; experimentados viajeros conocedores de aquel terreno montañoso; planificaron la ruta para realizar la incursión hacia el Reino Francés y ofrecer un hogar a Isidro. Decidieron llevar a cabo su plan a pleno día. A determinadas horas, los rayos del Sol incidían directamente sobre ciertas zonas; cegando a las posibles patrullas. Gracias a esa orografía, se podía transitar silenciosamente sin ser visto. Un pasador experimentado podía ganarse la vida fácilmente.

-Es hora de que formes una familia y eches raíces en algún lugar. Es peligroso vivir tanto tiempo en medio de dos países. – le susurró Capdevila.

- Con el paso de los años, el cuerpo de cualquier traficante sufre dolencias de cadera, espalda y rodillas; causando secuelas físicas difíciles de sanar. Vivimos en tiempos inciertos, donde la monarquía se preocupa más por conquistar nuevas tierras, que por cuidar a las personas que las habitan. Pero a pesar de todo... ¡Es aquí, en medio de la nada, lejos de un mundo en constante desacuerdo, donde alguien como yo se siente en su hogar! ¡Para mí, la única frontera que existe, es la trazada por las montañas! Y mi corazón sólo responde a la llamada de aquellos lugares a los que mi alma pertenece.

## **EMBOSCADA**

A lo largo de las últimas décadas las tierras sufrieron malas cosechas, con lo que la escasez de grano provocó el encarecimiento de su precio. Las presiones fiscales de la monarquía iban en aumento. Todo esto favoreció al bandolerismo, una tendencia a la que muchos hombres se abrazaban. Era un verdadero problema para las autoridades que intentaban mantener el control y el orden en sus territorios. El bandolerismo marítimo, también llamado piratería, se había extendido a lo largo de los siglos con la misma facilidad que en tierra. Entre las cuadrillas de aquellos bandidos, proscritos, forajidos o malhechores, se podían encontrar a fugitivos de la ley, criminales o nobles arruinados por una vida de excesos. Pero tampoco se tenía que olvidar la presencia de hombres humildes sin trabajo.

-¡La bolsa o la vida! ¡Siempre quise decir esto! -exclamó entre risas un hombre con gesto altivo y con los brazos en jarra.

-¡Este imbécil se cree muy valiente! ¡No me importaría que recibiera un disparo, así desaparecería su fanfarronería!- se quejó uno de los compañeros, que permanecía agazapado estratégicamente, en su retaguardia.

-¡Maldición!-exclamó Capdevila mientras se santiguaba -¡Mala suerte la nuestra, que nos ha conducido ante estos truhanes!

-¡Bandoleros, si no le importa! ¡No somos vulgares bellacos! -aclaró orgulloso el hombre que les había dado el alto.

-¡Todos sois iguales, unos malditos ladrones! -exclamó Capdevila

A los pocos segundos, unos veinte hombres rodearon a Capdevila y Fournier. Se trataba de una cuadrilla de lo más variopinta.

-¿Pero que ven mis ojos?! ¿Has dado el alto a dos desgraciados que viajan en compañía de un niño? ¿Qué beneficios obtendremos de esto? -exclamó el que parecía ser su líder.

-¡Pues los matamos y nadie se enterará!- dijo uno del grupo

-Nosotros no actuamos así. ¡Solo matamos si nos vemos obligados a defendernos, o si nos aburrimos! -rió otro individuo, de marcadas facciones.

En la banda se encontraban hombres de todas las estaturas y complejiones. Algunos vestían de forma muy vistosa, con calzones adornados con medias o ligas anudadas bajo las rodillas, camisones harapientos y descosidos, calzando alpargatas desgastadas y botas de cuero. Los miembros de mayor importancia y experiencia dentro del grupo, se distinguían con indumentarias más refinadas pero no por ello discretas. Sombreros de ala ancha se levantaban sobre sus frentes, adornados con grandes plumas echadas hacia atrás; sus toscos rostros de mirada desafiante y malintencionada estaban rodeados por cadenas y pendientes de oro. Lucían barbas descuidadas, algunos con bigotes largos cayendo por sus labios. Vestían gabardinas y capas, que les cubrían el rostro. Algunas de ellas las llevaban caídas por sus laterales o ajustadas a sus dorsos, ofreciendo un aspecto fanfarrón. No olvidaban vestirse con prendas de terciopelo o de piel, si encontraban alguna en sus botines. En las cinturas llevaban el *tahalí* con pedreñales y trabucos. Sin olvidar la obligada daga oculta en algún recoveco de sus vestimentas.

-Coged lo poco que llevamos encima y dejadnos continuar nuestro camino -dijo Capdevila

-Nos preguntamos qué hace un niño acompañándoos por estas tierras

alejadas de la mano de Dios.

-¡No es de vuestra incumbencia!

-¡Pues yo digo que sí lo es! ¡En estas tierras, nosotros somos omnipresentes! Aquellos insensatos que se atreven a transitar por nuestros caminos, han de cumplir nuestras normas. Si queréis salir airosos de este encuentro, deberéis pagarnos con algo de valor.

-¡No poseemos nada que sea de vuestro interés!

-¡Ya basta! ¡Muchachos, apresadlos y si se resisten, disparadles! ¡Y vigilad al niño, puede que sea hijo de algún noble dispuesto a pagar un buen rescate!

- ¡Este niño es huérfano! Huimos del país para ofrecerle un nuevo hogar en Francia. ¡Si pretendéis hacerle daño, tendréis que pasar por encima de mi cadáver!- les amenazó Capdevila.

-¡Como deseas!-exclamaron los bandoleros mientras lo dejaban inconsciente en el suelo, tras recibir una paliza. Luego amordazaron a Fournier e Isidro y se los llevaron.

### **BOTIN DE BANDOLEROS**

Los prisioneros mantuvieron los ojos vendados durante todo el trayecto que recorrieron hasta la pequeña cueva, donde los bandidos se refugiaban. Allí también repartían su botín, cuando lograban llevar a cabo satisfactoriamente alguno de sus asaltos. En el refugio les esperaban cinco hombres armados. La cuadrilla acababa de obtener un jugoso botín. Había una gran cantidad de sacos llenos de monedas y lingotes de plata esparcidos alrededor.

Días antes, los bandoleros recibieron una valiosa información, en la que un confidente les reveló el camino que tomarían los soldados que transportaban un tesoro, destinado a engrosar los fondos de las arcas reales. Esos ingresos contribuirían a financiar la guerra en Europa. La cuadrilla se organizó rápidamente, logrando emboscar a los soldados. Éstos, viéndose superados por sus enemigos, huyeron, abandonando el cargamento. Sin disparar una sola bala, los bandoleros consiguieron el botín. Cuando lo inspeccionaron, descubrieron tal cantidad de monedas y lingotes, que no pudieron llevárselo todo. Temiendo que los soldados regresaran con refuerzos, abandonaron parte del contenido en medio del bosque. Tras ellos, un pastor que deambulaba por las inmediaciones, encontró las monedas. Con los bolsillos llenos, volvió al pueblo honrando a los bandoleros; creyendo que eran héroes solidarios, comprometidos en

ayudar a los pobres. Poco de realidad había en esa historia...

-¿Qué es todo este desorden? -dijo el jefe a los guardianes - ¡Avisé que no tocarais nada! Yo me encargo de repartir el botín. ¡Conocéis las reglas! ¡Tantas cabezas, tantos sombreros!

La banda se repartía equitativamente las ganancias y los objetos robados.

-¡Yo no estoy de acuerdo con la última repartición que hicimos!- se quejó un hombre. -Fue injusto entregar parte del botín a un compañero herido, que no participó en el robo.

-¡Ese hombre era uno de los nuestros! ¡Y cayó herido, por culpa de ser leal a la cuadrilla! ¡Pero si quieres que el próximo botín tenga una partición menos, puedo cumplir tu deseo! -dijo, apuntándole con su arma.  
-¡Nuestra vida, nuestras reglas! Quien no las comparta, todavía está a tiempo de regresar a su hogar. Lo más probable es que no encuentre en él, ni una miserable migaja de pan para llevarse a la boca.

-¡Eso si todavía encontramos a nuestras esposas esperándonos!-recalcó un hombre.

-¿Insinúas que mi esposa es una vulgar ramera?-protestó otro.

-¡Eso deberías de saberlo tú!-le respondió

-¡Maldito gabacho usurero irrespetuoso!

Los hombres empezaron a repartirse puñetazos, desatando una disputa colectiva.

-¿Estos salvajes se están matando y no haces nada para mantener el orden?!-reprochó Fournier al líder de la banda.

Cuando el Sol se ocultó entre las colinas agrestes; diseminadas en el horizonte recortado de la cordillera; los bandidos encendieron una hoguera en el interior de la cueva, para cenar.

-¡Vergüenza debería daros atacar a unos hombres indefensos y privarles de comida! -Exclamó Fournier, al ver que nadie les ofrecía alimento. -"A todo cerdo le llega su San Martín".-parafraseó

-Suerte tienes que hoy tengo los bolsillos llenos y mejor humor del habitual; o ya estarías con tres balas en el cuerpo. Una en la sien para que no puedas pensar, otra en el corazón para que dejes de vivir y otra en los genitales para que pierdas tu hombría. ¡Y no dispararía siguiendo este

orden!-amenazó otro del grupo.

Los bandidos celebraron sus éxitos, comiendo y bebiendo toda la noche, hasta perder la razón y el conocimiento. De madrugada, en mitad del silencio sólo roto por los ronquidos, otro grupo de asaltantes fuertemente armados los acorraló. Sin que nadie pudiera oponerse, los desarmaron y les confiscaron su botín.

-¡Sabed que nadie roba a nuestro rey sin sufrir un estricto castigo!-dijo el capitán de la tropa.

-¡No es nuestro rey, sino otro ladrón que se rodea de oro y riquezas! ¡Y vosotros sois sus perros rastreadores!-dijo el jefe de los bandoleros, escupiéndole al capitán.

-¡A ver si te atreves a repetir tu insolente acto, cuando cuelgues de la horca junto con todos tus hombres!- le respondió burlescamente.- ¡En marcha tropa, el peso de la justicia aguarda caer encima de estos bellacos!

## **MAQUINACIONES**

Poco después de producirse el robo de los tributos reales por los bandoleros, el repique de campanas movilizó a los vecinos de los pueblos cercanos. Esa gente, a pesar de no pertenecer a ningún cuerpo militar, tenía la obligación de instruirse periódicamente en el manejo de las armas, participando así en cualquier conflicto. La hueste de hombres siguió el rastro de los bandoleros, apresándoles y llevándoles a la veguería del Rossellón. A ese grupo de ciudadanos a los que se les otorgaba funciones policiales, se les llamaba *somatén* local y actuaban dentro del territorio asignado al *veguer*; autoridad con poder administrativo y judicial. Dicho cargo estaba destinado a personas de honor, fama y linaje.

-¿Cree este ladrón que por delatar a sus compañeros, le ofreceré el indulto? - dijo el *veguer*.-¡Todavía tiene que pagar por sus delitos, si desea librarse de la horca! Y la cantidad de monedas ha ascendido desde la última vez que fijamos la multa.

-Señor, el único dinero que poseo es el que llevo encima. Espero que sea suficiente.-dijo el bandolero delator.

-¡Muéstramelo y decidiré si es suficiente para saldar tus deudas con la sociedad!

El bandolero introdujo su mano derecha en sus ropajes. Los guardias alarmados, desenvainaron sus armas.

-¡Señores, cálmense! Aquí está el saquito de monedas de plata que oculté prudentemente.

-¿A qué estáis esperando?! ¡Recogedlo, rápido!- ordenó molesto el veguer a los guardias. -¡Pero si estas monedas proceden del botín de tu banda! -advirtió - ¡¿Cómo tienes la desfachatez de pagarme con el dinero robado a nuestro rey?! ¡¿Qué falta de respeto es esta?!

-¡Lo siento señor, no era mi intención ofenderle! ¡Estas son las únicas monedas que me quedan! ¡Por favor acéptelas! ¡Prometo que le pagaré más, si me deja tiempo para...!

-¡Basta, no quiero oír tus estériles alegatos! ¡Guardias, llevadlo junto a sus compañeros, y que sea a ellos a quienes rinda explicaciones! Seguro que se estarán preguntando cómo logramos encontrarles. -dijo con una satisfecha sonrisa dibujada en su rostro, mientras se llevaban al bandido a rastras suplicando clemencia. El notario agarró la bolsa de monedas y procedió a su devolución, junto con el resto de riquezas robadas. - ¡Detente!- le ordenó - Quizá podamos aprovechar esta situación para nuestro beneficio. Nadie sabe de la existencia de esta bolsa. El rey precisa de ilustres hombres como nosotros, entregados en cuerpo y alma a impartir justicia. ¡Merecemos ser recompensados por nuestra labor y sensato juicio; ambos otorgados por la gracia divina!

-¡Cierto!-respondió el notario sonriendo discretamente, mientras contaba las monedas que le correspondían.

### **AMENAZA EXTRANGERA**

El Palacio del virrey, en Barcelona, era un edificio finalizado en 1558, aprovechando los cimientos de la antigua ciudad romana y del Palacio Mayor Real. En uno de los edificios anexos, el Salón del Tirell, fue recibido Cristóbal Colón a su regreso del Nuevo Mundo. Su arquitectura estaba influenciada por la tradición gótica y renacentista. En la zona donde se conectaban ambos edificios, se alzaba una torre de cinco plantas llamada "El mirador del Rey Martí". Allí arriba, el virrey escuchaba al obispo de la ciudad, quién leía una carta entregada por el portavoz del gremio de mercaderes.

"Tenemos desgraciada experiencia con ladrones, bandoleros y toda clase de truhanes que constantemente atentan contra nosotros. Sus actos se propagan sin control e impunidad. A falta de guardias que mantengan el orden público, nos hemos visto forzados a unirnos para hacer frente a esta amenaza. Pero nuestros esfuerzos son insuficientes. Pedimos a su ilustrísima, que nos ayude en esta contienda."

-¡No podemos aportar más hombres! Necesitamos todos los soldados

disponibles, para la guerra. –dijo el virrey.

-La solución de ofrecerles amnistía a cambio de unirse junto a los *tercios* del rey en Europa, no parece interesar a los rebeldes. Prefieren robar antes que unirse a los ejércitos de la Corona.

-El bandolerismo ataca directamente contra los cimientos de nuestra monarquía.

-¡La culpa de todo es de los franceses! ¡Son ellos quienes han fomentado esta rebelión! La mayoría de inmigrantes que llegan a nuestras tierras se convierten en ladrones. -decía convencido el hombre. -Nuestros campesinos fronterizos, están en constante rivalidad con ellos.

-Muchos hombres de nuestro reino, abrazarán dicha rebeldía tarde o temprano. ¡Malditos calvinistas!

-¡No olvide a los hugonotes, son también herejes!

-¡Y unos traidores por desafiar al rey!

-¡Claro, sin duda alguna! ¡Dios les castigará! ¡No olvide a los falsificadores de monedas, ellos aunque le sorprenda, también son extranjeros!

-¡Cómo no! ¡Era de esperar! De todo esto deduzco que si evitamos las incursiones de franceses en nuestras fronteras, solucionaremos nuestro principal problema de raíz. Me han informado que el rey enviará refuerzos a los tercios de este Principado. A pesar de su intervención para erradicar el bandolerismo, no resulta del todo aceptada su presencia. ¡Los habitantes ven a los soldados como asesinos sin escrúpulos, a pesar de ser miembros de elite del ejército! Los conflictos aumentan, estrechándose entre los vecinos de esta tierra, los lazos de solidaridad. ¡Esto es intolerable! ¡Ha llegado la hora de adoptar nuevas estrategias!

## **REOS**

Días después, en la veguería del Rosellón, apareció un alguacil real acompañado por somatenistas.

-¡Por orden del virrey, reclamo a los bandoleros que tenéis aquí apresados! ¡Es voluntad de la Corona prenderlos y custodiarlos hasta Barcelona, donde serán interrogados para su ajusticiamiento!

Mientras se realizaban los preparativos para el transporte, el alguacil leyó un listado en el que figuraban el número de presos, inventario de armas y las riquezas incautadas.

-¿Por qué figura en este documento el arresto de las dos personas que los bandidos tenían secuestradas? ¿Alguien puede informarme quienes son y por qué no se los ha liberado?

-Por el momento, el veguer ha considerado prudente no hacerlo. Ambos se negaron a revelar sus nombres. A falta de cooperación, sospechamos que el francés pudiera ser un espía y el niño que le acompaña, una tapadera para encubrir su presencia en nuestro país.

-¡Tarde o temprano hablarán, cuando se les prive de comida y agua!

Tras varias jornadas de viaje, los hombres llegaron a Barcelona, capital del Principado. El grupo de reclusos fueron encerrados en la prisión fortificada de la ciudad. Aquellos ciudadanos piadosos, podían contribuir con sus limosnas al mantenimiento de los presos, depositándolas en una pequeña abertura de una pared destinada para ello. La Corona se desentendía de las necesidades alimentarias de los encarcelados. El sustento diario no estaba asegurado para ningún prisionero; si alguno de ellos tenía familiares o amigos que le ayudasen económicamente, podía conseguir favores del carcelero. Los desdichados que no gozaba de estos privilegios, sufrían hambre, frío, enfermedades y lo peor: el olvido.

Los bandoleros fueron distribuidos en distintas celdas, muchos de ellos encontraron a viejos amigos. Arnaud Fournier, al contemplar ese agujero, desesperó. Descubrió allí a un gran número de familias afligidas, abrazándose.

-¡¿Qué locura es ésta?! ¡¿Qué hacen en este agujero inmundo, buenas gentes?!

-Somos vecinos de Roda de Ter. Hace semanas, las autoridades fueron informadas de numerosos robos en una aldea vecina. Se nos denunció por confabular y amparar a los supuestos delincuentes, en nuestra aldea. Los soldados registraron cada palmo de nuestros hogares, y al no obtener ninguna prueba, quemaron nuestras casas y los bosques para evitar que los bandidos se refugiaran en ellos. ¡Para colmo, los responsables de los robos siguen libres! Ahora nuestro pueblo está destruido y todos sus habitantes recluidos en este appestoso lugar.

-¡Todos, excepto un muchacho con suerte!-dijo un anciano. -No era un vecino, más bien un mocoso que merodeaba por nuestras calles de vez en cuando. Parece ser que en medio de este infierno, la mano del Señor todavía se extiende, ofreciendo su dicha a los jóvenes con un futuro por delante.

## **BUSCANDO SOLUCIONES**

En Barcelona, la intensa actividad y el bullicio propios de cualquier gran núcleo urbano, facilitaba la aparición de disturbios. Sus habitantes eran proclives a dejarse tentar por vidas entregadas a los vicios y a las mafias clandestinas. Los gremios artesanales tenían cierta importancia en la economía de la ciudad. Con el tiempo lograron que sus consejos se escucharan en las cámaras de gobierno municipal. Los oficiales reales como el veguer, recurrían al *Consejo de Cien*, para que les asesoraran en asuntos referentes a la ciudad. El grupo estaba formado por una asamblea de cien ciudadanos o jurados, algunos representantes de gremios influyentes.

La prostitución y el juego ilegal, se extendía como una plaga. Los hombres se gastaban sus jornales en partidas de naipes y dados. A la vez, atraía a tramposos, apostadores y vagabundos, provocando un mal ambiente social. El virrey, junto con el veguer y el *Consejo de Cien*, habían implantado unas estrictas normas para controlar esas gentes de mala vida.

-Esta lucha sólo puede ser ganada, si podemos demostrar que los medios para hacer frente a esta lacra residen en el poder público, que es el único que puede financiar dicha tarea. Nunca se erradicará con la buena voluntad y caridad de unos cuantos feligreses.-expuso Diego Peralta, miembro del consejo, al resto de personalidades reunidas en la cámara.

-¿Queréis que la Corona financie esta causa?

-No es cuestión de dinero, sino de moralidad y de civismo. Si ofreciéramos trabajo a esos hombres, se dignificarían sus vidas y no terminarían corrompidas por el ocio.

-Todos soñamos con el día en que podamos andar por las calles de nuestra amada ciudad, sin ver a ladrones y mendigos.

-Es necesario apartar a estos individuos y encerrarlos para "protegerlos" de sí mismos. Serán reeducados. Que adquirieran hábitos para el trabajo y así podremos reintegrarlos en la sociedad como se merecen.-afirmó otro consejero.

Diego Peralta intuía que bajo esas palabras tan esperanzadoras, había intereses que no estaban motivados por el buen civismo que se pretendía promover.

## **LA MISERICORDIA DE LOS ANGELES**

Debido a las guerras, epidemias y escasez de comida, aumentó considerablemente la población de niños huérfanos; por lo que se empezaron a idear iniciativas para ayudarles. Fue el 23 de Febrero de 1584, cuando por orden del Consejo de Cien, se iniciaron pregones para

recoger a los pobres y trasladarlos a unas instalaciones acondicionadas. Con los años se ampliarían viendo la luz, en 1586, el Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia. Ya en 1611, los huertos que rodeaban la zona fueron comprados a los tejedores allí afincados. De ese modo se pudo ampliar el edificio. En los años posteriores hubo un endurecimiento en el tratamiento de la pobreza, mirándola desde una perspectiva capitalista; utilizando a las personas como mano de obra barata. Los hospicios se adaptaban para crear salas de manufacturación textil, donde las mujeres ocupaban un importante lugar.

-¡No señor, esta cantidad de monedas es ridícula! ¡No pienso renunciar a mi huerto tan fácilmente! ¡¿Y luego que pasará, también me expropiarán la casa?! –gritaba Donato a un clérigo.

-Si el obispo y el consejo municipal lo considera oportuno, así será. ¡No sea avaricioso y no se deje tentar por las posesiones! Agradecido debería estar que mostremos buena voluntad al ofrecerle tal suma de monedas.

-¿Agradecido? ¿Qué no sea avaricioso? ¡Los avariciosos son ustedes! ¡No soy el primero ni el último a quien le arrebatarán sus parcelas para ampliar su Iglesia!

-No es sólo una Iglesia, es una obra bendecida por el Señor y con el beneplácito del Consejo de Cien. Desde que se aprobara su construcción, numerosos indigentes encuentran entre sus muros esperanza y ayuda para conseguir abrazar una vida mejor. ¿No tienen derecho a ella? ¡Debería avergonzarse por su egoísmo! En una parcela de su huerto se podrían acondicionar varias camas para numerosos desdichados!

-¡Maldita sea, está bien! ¡Deme sus monedas! ¡Este huerto lo compró mi abuelo y lo cultivó mi padre, que en la gloria esté! ¡Me siento un maldito Judas vendiendo esta tierra heredada!

En el exterior, una suave brisa se propagó por el huerto. Una pluma de considerable tamaño, descendió lentamente hacia el suelo, depositándose entre las hortalizas. Un joven extendió su mano para recogerla, pero el rudo brazo de Donato lo apresó firmemente.

-¿Eres tú, mocoso, quien roba todos los días en mi huerto?!

-No señor, no son todos. ¡Es día sí, día no! ¡Para no levantar sospechas!  
–respondió el muchacho

-¡Maldito seas! Debería matarte por robar en mi propiedad.

-¡Sólo quería comer alguna cosa decente y con sabor!

-¡Pues vete al puerto a disfruta del sabor del pescado! ¡Es un alimento de lo más sabroso, especialmente cuando tiene varios días!

El muchacho retenido, observó cómo el clérigo de su hospicio, regresaba a por él.

-¿Éstos son los mocosos a los que intenta adoctrinar, justo al lado de mi casa?! -se quejó Donato.- ¡¿No les dan suficiente comida, que tienen que robarla?!

-Este joven expósito, es un recién llegado a nuestra comunidad. Muestra una pronunciada rebeldía. Será castigado como merece. Con tiempo y la disciplina necesaria, aprenderá el significado de la rectitud.

El clérigo ordenó al muchacho que lo siguiera. Pero tras realizar unos pasos, el chico se detuvo, retrocedió y se agachó. Extendió su mano y recogió la pluma que se le había caído; guardándosela entre su ropa raída.

-¡Lo que hay que ver, un pobre creyéndose dueño de algo! - rió Donato.

### **UNA PLUMA PARA EL RECUERDO**

En la capilla anexa al Hospital de Nuestra Señora de la Misericordia, Elisenda, una joven de unos diecinueve años de edad, rezaba devotamente. Su concentración era tal, que no escuchó los pasos de quien se le acercó por detrás. Finalizó su oración y se secó el rostro. Unas lágrimas marcaban el contorno de sus suaves mejillas.

-Siempre me ofreces tu mejor sonrisa. ¿Por qué lloras ahora en soledad? - preguntó el chico.

-Es por mi padre. Desde que nos separamos, no le he vuelto a ver. Le llamaron para ir a la guerra hace mucho, y todavía no ha regresado. Cada día rezo por él, quiero que estemos juntos de nuevo. Estoy cansada de vivir aquí.

-¿No eres feliz? Tengo entendido que los mayores pueden irse cuando lo deseen.

-¿Y te lo crees? Se nos exige aprender un oficio y trabajar en los talleres. Hasta que no seamos gente de provecho, no se nos permite vivir en total libertad. ¿En qué te instruyen a ti?

-¡Yo ya sé todo lo necesario! ¡Lo he aprendido en las calles! ¡Sé cómo encontrar comida y techo donde dormir! Con eso me basta.

-¿Qué escondes en tu bolsillo, por cierto? –advirtió, al ver que ocultaba algo bajo su ropa.

-Es un regalo de mi padre. –dijo enseñándole una gran pluma teñida de color rojo.

-¿Lo conociste también? ¡Entonces tendrás un nombre real y no un simple apodo!

-Adalulf. Significa “lobo valiente” según me contaron. Cuando mi padre regresó de uno de sus viajes, me regaló esta pluma tan especial. Dijo que me traería suerte. Pero aquella vez fue la última que lo vi. Poco tiempo después, perdí a mi madre y me quedé sin hogar ni familia. ¡Desde entonces he sobrevivido en las calles!

-Quizá aquí puedas conseguir labrarte un futuro, aprendiendo algo útil.

-¡No es mi intención quedarme en este agujero! ¡No quiero aprender nada de lo que aquí enseñen! ¡No me van a convertir en uno de sus esclavos, encerrado en un taller para que los demás se enriquezcan con mi sudor!

-¿Entonces, qué haces aquí?

-Es un poco complicado de explicar...-el chico rió al recordarlo -¡Es por culpa de mi avaricia! Durante varios meses saqué en una aldea. La gente estaba demasiado ocupada en sus asuntos y mi presencia pasaba desapercibida. Discretamente me abastecía de comida y de algunos objetos valiosos. Por las noches, me refugiaba en uno de los pueblos cercanos. Pero al final, perdí la prudencia y mi avaricia me delató. Los vecinos advirtieron que les estaban robando. Un día, aparecieron unos soldados en la aldea donde me refugiaba y quemaron todas las casas. Acusaron a los vecinos de proteger a bandoleros y los encarcelaron. A mí incluido. Por suerte, nadie sospechó que pudiera ser el responsable de los robos. Alguien advirtió que yo era un expósito y las autoridades me trajeron aquí. Esa gente continúa en prisión hasta que no ofrezca una explicación convincente de los sucesos. ¡Los soldados hicieron más estragos en un día, que yo robando durante meses!

## **MAESTRO Y APRENDIZ**

Elisenda ayudaba a Marcelo, maestro gremial, a organizar sus productos textiles. En el hospital de la Misericordia, las mujeres acogidas elaboraban la mayor parte de los bienes textiles comercializados en los mercados. Muchas, una vez alcanzada la edad adulta, podían salir del centro y trabajar en el servicio doméstico hasta que logran casarse. Los ahorros ganados, si encontraban esposo, los reservaban para la dote. Marcelo, como maestro tejedor, enseñaba en los talleres a hilar y coser diversos materiales como lana, algodón y lino. Elisenda era su alumna más

aventajada. Se encontraba a medio camino de finalizar su aprendizaje en el taller y alcanzar la edad para el matrimonio.

Llevaba cierto tiempo ayudando a Marcelo en su negocio, pero en la calle ya no se aplicaban las mismas normas de disciplina que en el centro, y su maestro se comportaba de forma distinta.

-¡Te he dicho que me beses! ¡¿Tanto cuesta aprender eso?!-se quejó el hombre, irritado ante la oposición de la joven.-¡Me he esforzado por enseñarte todo lo que sé! ¡Te he dado la oportunidad de trabajar para mí! ¡¿Te ofrezco una vida mejor y desprecias mi amor?! ¡No eres más que una mocosa desagradecida! ¡Pero a pesar de todo, sigo queriéndote! Piénsalo... ¿quién excepto yo, querría casarse con una mujer salida de un refugio de la caridad?

Elisenda con el paso del tiempo, cayó en una profunda tristeza; mostrando un comportamiento distante; separándose cada día más de sus amigos y rezando a escondidas. Dicha actitud beneficiaba a Marcelo, pues podía pegarla y someterla con mayor firmeza, alegando que la chica no se centraba en sus obligaciones.

Minutos antes de iniciar una nueva clase en el taller, los apenados pasos de Elisenda fueron interceptados por Adalulf.

-¿Qué haces aquí? -exclamó sorprendida- ¡Si te encuentran recibirás un buen castigo, ya lo sabes!!- la chica retrocedió, para ocultar un moratón en su rostro.

-¡Maldito sea tu maestro! ¡Algún día conseguiré un *pedreñal* y se las verá conmigo!- dijo Adalulf furioso -¡Huyamos de aquí cuanto antes! Lo tengo todo planificado.

-¡He de esperar a mi padre, algún día regresará! Si huimos, nos perseguirán y nos volverán a encerrar. Tampoco dispongo de los ahorros que he ganado; el hospicio los administra.

-¡Lo he decidido, voy a fugarme y espero que me acompañes! Si continuo más tiempo aquí, terminarán por enviarme al ejército. ¡Y aunque esté ansioso por empuñar un arma, no es mi intención morir defendiendo los intereses de extraños a los que no les he visto la cara, ni les he robado en los bolsillos! ¡Soy muy escrupuloso cuando se trata de ofrecer mi vida a cambio de nada!

## **ESPIRITUS GUIA**

*Adalulf corría todo lo que podía, pero estaba perdido entre los sucios y laberínticos callejones de la ciudad. No lograba deshacerse del grupo de perros rabiosos que le perseguía. Derribaba los obstáculos que encontraba*

*a su paso, esperando entorpecer a sus perseguidores. Cada vez que giraba la cabeza para observarles, éstos parecían transformarse en seres más salvajes, con fauces sangrientas y miradas demoníacas. Logró abandonar los límites urbanos y se dirigió hacia la costa. Pero frente a él un elevado acantilado cortaba la tierra bajo sus pies. Se acercó al borde intentando encontrar una salida, pero resultó inútil. La jauría de pelaje negro, lo acorraló. Adalulf agarró con firmeza la pluma que le regaló su padre y decidió saltar al precipicio.*

En la planta superior del Hospital de la Misericordia, en una gran sala repleta de catres, Adalulf despertó de la pesadilla bañado en sudor. Casi no podía respirar. Abandonó la estancia sigilosamente, en dirección al patio exterior. Escuchó ladridos amenazadores detrás de una verja oxidada. Alguien la abrió y cruzó rápidamente por ella. Era el padre Francisco Villarreal, también conocido como Takoda; su verdadero nombre. Era un hombre de piel mestiza. Procedía de las tierras del Nuevo Mundo. Probablemente era el primer sacerdote de origen nativo, ejerciendo allí. Un claro ejemplo de los nuevos vientos que llegaban del otro extremo oceánico.

-¡Estos perros siempre merodean allí donde tú andas! -le dijo al muchacho

-¡Y tú siempre apareces cerca, cuando estoy desesperado!

-¡Mal siervo de Dios sería, si no estuviera al servicio de mis apreciados chicos! La luz de las estrellas revela muchas de las respuestas que buscamos durante el día. ¿Qué te incomoda?

-¿Recuerdas mis constantes pesadillas? No dejan de acosarme.

-No temas a los sueños. Has de aprender a escucharlos e interpretarlos.

-¡Me persiguen perros rabiosos que pretenden devorarme! Creo he entendido muy bien el mensaje.

-No hay razón para temer a los animales de tus sueños. Todas las criaturas, desde una pequeña hormiga hasta un gran oso, pueden instruirnos en el camino del aprendizaje. La meta es comprender nuestro papel dentro del gran misterio de la vida. Cualquier criatura puede convertirse en un importante maestro, si sabemos escucharla. Mi pueblo, cree en los espíritus de la naturaleza protectores. Los llamamos *tótems* o animales personales de poder. Reflejan las cualidades que habitan en lo más profundo de nuestro espíritu. Nos ayudan a alcanzar la confianza, fuerza y claridad de visión necesarias.

-¿Qué insinúas? ¿Necesito la ayuda de perros, para encontrar mi camino?

-Los guardianes están ahí fuera; susurrándonos mensajes para que los escuchemos. Tu espíritu necesita libertad; pero no la que tú crees, vagabundeando y robando. Es otro tipo de necesidad, más profunda. Has de enfrentarte a tus propios miedos y tomar conciencia de tu verdadera identidad. ¡Si el espíritu del perro-lobo se comunica contigo, no lo puedes ignorar! Te guiará para adquirir instinto, astucia, valentía, cautela y destreza para afrontar los peligros.

-Ya tengo un talismán protector y muy personal. La pluma que me regaló mi padre.

- No lo pongo en duda, chico. – sonrió Takoda.

## **LA LLAMADA DE LOS DIFUNTOS**

La niebla de otoño llegó a la ciudad. Para algunos, ese acontecimiento anunciaba cambios. Hubo días en que los estrechos callejones se fundían entre sombras confusas, perdiéndose bajo la silueta de cúpulas y campanarios sombríos. El de la Iglesia del Pi, con su genial estilo gótico, se elevaba a cincuenta y cuatro metros de altura, sobresaliendo de la bruma.

En aquel lugar, un grupo de hombres llevaba días trabajando en una labor muy poco reconfortante: cavar, vaciar y limpiar fosas del cementerio. Era una tarea constante, pues el aumento de población y de mortalidad exigía ampliar el espacio del camposanto. Los fallecidos eran enterrados en las parroquias más cercanas, pues era costumbre tenerlos cerca de sus familiares. Pero los cementerios no lograban dar cobijo a todos los fallecidos.

-iAgrupar los restos en fosos cada vez más hondos no es la solución!  
-decía molesto, un trabajador, entre el olor nauseabundo de los gases tóxicos, producidos por los cuerpos.

-iPreocúpate de cavar para que hoy todos terminemos cuanto antes! No te pagan para pensar!- le reprochó uno de sus compañeros.

Uno de ellos reparó en un detalle importante.

-¿Maldita sea, dónde está ese muchacho holgazán que tenía órdenes de ayudarnos?!

No muy lejos, en medio de una pequeña plaza, dos hombres tocaban instrumentos musicales que aportaban un toque alegre y festivo al

ambiente. Entonaron una canción con letra muy peculiar:

*"Caballeros y damas de este lugar, acérquense para disfrutar de la historia que les vamos a contar.*

*Lo que leyenda pagana fuera antaño, en tradición se convirtió, año tras año.*

*Con antorchas y velas se celebraba, el regreso de aquellos que de nuevo, el mundo acogía.*

*¿Quiénes son esos? Se preguntarán. ¿De dónde vienen? Algunos dirán.*

*Responder a ello haremos no sin antes advertiros, que debéis ser precavidos.*

*No deambuléis lejos de vuestro hogar, cuando la noche está por llegar.*

*Conocidos fueron quienes ahora teméis ver.*

*¡Son ellos, los muertos que partieron para no volver, a quienes hoy se les concede el don de regresar a vuestro lado!*

*¡La noche de Todos los Santos ha llegado!*

*Cruzarán el portal sobrenatural, uniendo a los dos mundos por igual.*

*Ellos buscarán en vuestro corazón acongojado, el modo de encontrar un camino despejado.*

*Pues hay espíritus de hombres afligidos, que permanecen vagando por el mundo perdidos.*

*Apenados por los tormentos de sus más profundos resentimientos.*

*¡Nadie podrá escuchar sus lamentos, que harían temblar por igual, a los hombres más cuerdos, sabios y lerdos!*

*Mientras tanto, disfrutad con alegría de este momento señalado.*

*¡El día de todos los Santos ha llegado!*

*La luz del día, ellos podrán contemplar, regresando a aquel lugar lleno de recuerdos que una vez acariciaron sus dedos.*

*Descubriendo con gran asombro, sus tumbas convertidas en escombros.*

*Borrados están sus antiguos nombres, olvidados por la memoria de los hombres.*

*Que sin ningún atisbo de emociones, ven pasar las estaciones, absortos en sus materiales preocupaciones.*

*Insensibles a la bella vida, que sus corazones mantienen oscurecida.*

*Sin pensar en que algún día ellos también harán compañía, a quienes no muestran simpatía.*

*Alegrémonos por lo que nos ofrece la vida, y por lo que una vez ellos nos dieron.*

*Con todo su cariño sincero, que no puede comprar ningún dinero.*

*¿Quiénes son esos? ¿De dónde vienen? , preguntarán.*

*¡Son ellos, los muertos, que partieron para volver!*

*¡Hoy se os concede el don de regresar a su lado!*

*¡Todos los Santos ha llegado! ¡Noche y día, ambos son un regalo!"*

En sus orígenes paganos, dicha fecha anunciaba uno de los instantes cósmicos donde se abrían las puertas a otros mundos. Por ello se homenajeara a los antepasados con júbilo, ofreciendo banquetes, fiestas y bailes en su honor. Con la llegada del cristianismo, se transformó en una festividad dolorosa y sombría. La aceptación que antaño se tenía de la muerte, como un elemento más de la naturaleza, adquirió aspectos tenebrosos y oscuros. El recogimiento, la oración y el llanto hacia los muertos acabarían por convertirse en tradición.

El público aplaudió entusiasmado, lanzando monedas a los artistas. Uno de los espectadores rebuscó entre sus bolsillos, pero no consiguió encontrar nada.

-¡Me han robado! ¡Maldición, me han robado!- exclamaba furioso.

Otros hombres también gritaron indignados, cuando descubrieron ser víctimas del pillaje. Durante el espectáculo, unos hábiles dedos se habían infiltrado en sus bolsillos. Solo alguien avisado, hubiera descubierto a Adalulf camuflándose entre la multitud, con intenciones deshonestas. Satisfecho con el botín obtenido, regresó a la *Iglesia del Pi*. El hospicio había pactado ayudar a la comunidad, durante la víspera de *Todos los Santos*, ofreciendo a sus expósitos como mano de obra. Adalulf no le

complacía oler y contemplar los horrendos cadáveres exhumados.

Al regresar junto a sus compañeros, el sacerdote de la Iglesia (padre Álvaro) le reprendió por su mal comportamiento. Lo apartó en un rincón y le ordenó que rezara, como arrepentimiento por sus pecados. Adalulf abandonó la zanja con una sonrisa perfilada.

-Aquí permanecerás hasta que te arrepientas. -le dijo el sacerdote -La mejor manera de comprender nuestro esfuerzo por mejorar el cementerio, es quedándote a solas y en silencio. Nuestro conocimiento está limitado porque percibimos el mundo a través de nuestra estrecha visión terrenal. Es en la muerte, cuando el tiempo deja de tener significado. Logramos comprender frente a la cruz, que nuestro futuro también está unido a la tierra y al barro primitivo. Por eso, es tan necesario ofrecer un lugar digno, para que la gente pueda rezar a sus familiares. -dicho esto, el sacerdote partió, dejando en completa soledad al muchacho.

Aquel silencio sepulcral lo incomodaba. Poco después, aprovechó para dormir. Un hombre le observó con desaprobación.

-¡Eres un truhán-botarate!

-¡No se esfuerce, ningún insulto me ofende! -respondió Adalulf, mientras el hombre se santiguaba, arrepentido por sus improperios. -¿Qué hace usted aquí, no es uno de los enterradores?

-Vigilo la tumba de mi hija.

Cerca estaba la lápida y justo al lado, una rudimentaria silla. El señor llevaba varios días sentándose en ella. Sobre la tumba, se erguía un palo de madera con una pequeña campanilla, colgando de un fino hilo.

Ese antiguo sistema, tenía su origen en la Edad Media. La gran mortalidad producida por las pestes, obligaba a tener preparado un entierro rápido. Quien dejaba de mostrar signos de vida, apresuradamente se le enterraba para evitar contagios. Pero tiempo después, cuando se desenterraban ataúdes para reutilizarlos, en su interior aparecían marcas de uñas en la superficie de la madera. Los rostros de los cadáveres, reflejaban expresiones desencajadas y horripilantes. Prueba irrefutable de que muchas personas habían sido enterradas vivas.

Vista la falta de confianza en los informes de defunción, se diseñó un sistema para alertar de esos posibles errores. Se ataba un hilo a la mano del presunto fallecido, por un agujero trazado en el ataúd, y el extremo opuesto se unía a una campanilla. Cuando el "muerto" despertaba, estiraba del hilo haciendo sonar la campanilla. Si por casualidad, alguien

rondaba por los alrededores, podría rescatarle de una muerte horrorosa.

-¿Espera la resurrección de su hija? -dijo Adalulf.

-¡Mis temores son razonables! Tres han sido los miembros de mi familia, que han sufrido estos horribles destinos. Por eso estoy aquí, especialmente en esta noche, donde los muertos parecen despertar.... ¡Si mi hija despierta, su padre estará esperándola para rescatarla! -Adalulf se quedó boquiabierto -Necesito que me hagas un favor, muchacho. ¡He de vaciar mi vejiga! ¿Podrías vigilar unos minutos, la tumba por mí? Te recompensaré con unas monedas.

-¡Trato hecho!

Adalulf se sentó en la silla. Le pareció cómoda. Pasaron los minutos. Podría haber permanecido allí sentado, durante horas. Pero algo hizo que se levantara enérgicamente de ella. Algo que nunca habría esperado. Un sonido breve. Una campanilla que tintineaba en mitad del silencio...

Intentó alzar lentamente la mirada y contemplar con sus ojos escépticos, aquel hecho inaudito. El tiempo dejó de transcurrir. Sus sentidos desconectaron de la realidad. Ya nada importaba. En los indeterminados segundos de perplejidad, en la mente de Adalulf resonó claramente la voz de Takoda, recordándole unas palabras que una vez le transmitió:

*"Llegará el día en que nos sentiremos solos, incomprensidos, frágiles, perplejos ante la inmensidad de lo que nos rodea. Vislumbraremos un destello en la lejanía y con humildad aceptaremos a nuestra alma como guía para encaminar nuevos pasos. Buscaremos el propósito que la vida nos ha reservado. Escaparemos de nuestra predecible existencia, desprendiéndonos de las ataduras del convencionalismo. Alzaremos la mirada con esperanza renovada para contemplar al fin, aquellos misterios insondables que escapan al raciocinio y que infringen las leyes trazadas sobre el pequeño lienzo, de márgenes desgastados, que rige nuestras vidas. Y esperando maravillados la aparición de una simple visión, de un fugaz sonido que pueda desmoronar los firmes pilares que sostienen la realidad, crearemos en un lugar para la esperanza. En ese instante de comunión y reencuentro con nuestros más profundos instintos, quienes conserven el corazón de niño, aceptarán la revelación de que nada es imposible, si somos capaces de escuchar el mensaje que toda criatura intenta comunicarnos."*

Un pequeño pájaro se había posado encima de la campanilla, haciéndola sonar sutilmente. El ave miró curiosa a Adalulf, como si quisiera decirle algo. Decepcionado, regresó al hospicio dejando atrás, el último canto de un *petirrojo* rezagado que nadie se molestó en escuchar.

## **FURTIVIDAD**

Las llamas del fuego primitivo se mecían, hipnotizando con sus rítmicos movimientos a Takoda. Por sus venas corrían vestigios de la sangre chamánica transmitida por sus antepasados; por lo que no podía evitar esa profunda atracción cada vez que lo contemplaba. Le ayudaba a entrar en contacto con otra realidad; en la que se podía leer del Gran Libro de la Sabiduría, el pasado, presente y futuro en el instante que duraba un suspiro. Pero aquella noche aparentemente tranquila, el abuelo fuego no quiso revelar el porvenir. Las llamas se mostraban débiles e inquietas a la vez. No deseaban ser molestadas...

En el exterior del Hospital de la Misericordia, una sombra encapuchada vestida con largos ropajes, se desplazaba sigilosamente por los callejones. Se detuvo justo enfrente de uno de los muros del edificio. Extendió sus brazos depositando a un recién nacido y se alejó del lugar.

Desafortunadamente, sus pasos fueron interceptados por un caminante solitario. El hombre era Marcelo. Llevaba un par de horas deambulando borracho por la zona, buscando consuelo en el fondo de una botella de vino. La figura no le saludó e hizo ademán de querer proseguir su camino.

-¡Qué malos modales son esos! ¡Ni siquiera me ha mirado a la cara!- continuaba balbuceando- ¡¿Tan indigno soy, que no me dais las buenas noches?! ¡Estaré ebrio, pero merezco que se me respete! ¡Soy mercader y un experimentado maestro textil! ¡Detente! -decía tambaleándose. Estiró la vestimenta y descubrió bajo ella, una asustadiza muchacha.

-¡Por favor, no me haga daño! -dijo ella, con lágrimas en los ojos.

-¡Te conozco! ¡No me engañas con tu rostro inocente y angelical! ¡Eres una ramera! ¡Trabajas en una de los prostíbulos que visito!

La mujer le propinó un fuerte puntapié en la entrepierna, que le hizo caer al suelo. Mientras intentaba incorporarse, vio algo al final del callejón. ¡Su amada Elisenda huía del hospicio, junto a Adalulf! Furioso, gritó para avisar a las patrullas de alrededor.

Ambos jóvenes se apresuraron, pero fueron interceptados casi de inmediato por los soldados.

-¡Deteneos! ¡¿A dónde creéis que vais parejita?!-exclamó uno de los hombres.- ¡No sois los primeros en intentar fugaros!

Adalulf opuso resistencia, a pesar de la paliza que recibió.

-¡No hagáis daño a la chica!- exclamó Marcelo. -¡Éste vándalo ha intentado secuestrarla!

-¡Su actitud no parece ser la de una mujer raptada! -observó el guardia.

-¡Dentro de poco la desposaré! -informó Marcelo.

-¡Eso no pasará maldito embustero!- respondió furioso Adalulf.

De nuevo volvieron a propinarle varios puñetazos. En ese instante, una jauría de ocho perros furiosos, irrumpió en la escena; abalanzándose sobre los hombres. Mientras recuperaba el aliento, Adalulf intentó rescatar a Elisenda de las garras de Marcelo. Pero se le adelantó. Muy a su pesar, decidió huir rápidamente de allí, antes de que lo apresaran.

-¡Eres mía! ¡Acéptalo de una vez! - dijo Marcelo a la chica. - ¡Has cometido un grave error al intentar fugarte con ese ladronzuelo!

Uno de los religiosos del hospicio, se acercó.

-¡Suelte a la muchacha, don Marcelo!- exclamó Takoda.

-¡La delictiva conducta de su protegido, ha mancillado a mi mejor aprendiz! ¡Nunca tendrían que haberlo aceptado en esta comunidad! Su huida es una bendición para todos nosotros. Cuanto más lejos esté de aquí, mejor. La vida de ese desgraciado, está condenada. ¡Espero que Dios le castigue como se merece!

- Deje que el Señor se preocupe de su propio rebaño. ¡Hay ovejas descarriadas, locas o valientes, que prefieren vivir con lobos antes que agachar la cabeza ante nadie! - añadió Takoda.

## **LA PRIMERA GOTA DE SANGRE**

Padre Álvaro permanecía cabizbajo, arrodillado frente a un Cristo erigido en el altar de la Iglesia del Pi.

El edificio estaba formado por una sola nave de más de cincuenta metros de longitud, con una altura superior a los veinte metros. Después de santiguarse, se dirigió a una de las capillas laterales. Encendió un cirio, honrando así la memoria de los difuntos en aquella noche de Todos los Santos. La llama parpadeó unos segundos. Algo perturbó aquella atmósfera sosegada y provocó que el cirio se apagara. El rostro de Padre Álvaro se endureció. Un relámpago iluminó brevemente las vidrieras del ábside. Segundos después el estruendo de un trueno fue aplacado por los gruesos muros.

-¿Qué ocurre Padre Álvaro?-preguntó extrañado, el pequeño Isidro; quien había sido acogido junto con otros expósitos, para ayudar a la comunidad religiosa en sus tareas.

-Joven, es hora de retirarse, pronto será medianoche.

En el camposanto de la iglesia del Pi, los enterradores finalizaron su arduo trabajo bajo la lluvia. Empapados, buscaron refugio y calor en varios portales de edificios; donde ancianas con vestidos y capuchas negras, cocían castañas encima de unas brasas encendidas. Los trabajadores agradecieron la presencia de esos alimentos tan energéticos. Las campanas tañeron. Medianoche había llegado. Los hombres enmudecieron. Un creciente temor invadía sus corazones. Decidieron interrumpir su descanso y se apresuraron por volver a sus hogares. En esa hora y fecha, la brujería era la dueña de la noche. Mientras corrían, de sus bolsillos cayeron algunas castañas, que rodaron por la superficie mojada del suelo empedrado. Bajo la arcana estampa de las ancianas vendedoras, que los observaban con miradas sombrías y a la vez ausentes.

La solitaria silueta de la iglesia del Pi se erguía bajo el cielo tormentoso. Barcelona parecía aletargada. Pero a pesar de su aparente mutismo, no todos sus habitantes dormían en paz. Alguien se resistía a abandonar su hogar, pues necesitaba encontrar ayuda para un error que llevaba mucho tiempo sin enmendar.

Como era de costumbre, las puertas de la iglesia permanecían abiertas a todo cristiano que necesitara acceder a ella. Pero muchos vecinos se negaban a ir a rezar por la noche, pues conocían muy bien los siniestros sucesos que allí se producían. Se decía que cada medianoche, las puertas de la Iglesia del Pi se abrían para comunicar directamente con el purgatorio...

Isidro al padecer insomnio, desobedeció las órdenes de Padre Álvaro y decidió quedarse en la capilla del altar mayor. Se acercó a los cirios y los vio apagados. Decidió encenderlos de nuevo, pero fue incapaz. Notó un súbito soplo de gélido viento. Miró hacia la puerta de entrada, creyendo que alguien la habría abierto de par en par. Pero no fue así. Cuando volvió a girar el rostro, advirtió que un solitario cirio se había encendido por arte de magia. Retrocedió, estupefacto.

En un rincón bañado por la penumbra, frente a un muro que comunicaba con la antigua sacristía, vislumbró una sombra que avanzaba lentamente. Se dirigía hacia el altar mayor. Vestía una túnica blanquecina y translúcida. Creyó que sería uno de los sacerdotes. Pero no necesitó acercarse demasiado, para comprender que se equivocaba. El individuo al andar, parecía dejar un rastro de luz áurea, que variaba de intensidad y color. A pesar de su fatigoso ademán, no parecía realizar esfuerzo alguno

por desplazarse. Isidro pensó que era algún tipo de ensoñación, fruto de su insomnio. Pero lo descartó cuando el hombre alcanzó el altar y pronunció una súplica lastimera: "¿Quién me ayudara?!" Esas palabras fueron repetidas tres veces; reverberando en la sala.

Inmediatamente un sentimiento compasivo se apoderó del joven Isidro.

-¡Yo os ayudaré!- respondió, acercándose al hombre de estampa difusa.

El extraño sacerdote, calló. Parecía complacido. Pidió amablemente que le ayudara a celebrar su última misa. Extrañado, Isidro recalcó que no había nadie que la pudiera escuchar. El hombre respondió que todas las ceremonias eran igual de importantes, ante la omnipresencia de Dios.

Agradecido, el párroco bendijo al joven por haberle ayudado a finalizar su trabajo. Bajó del altar, regresó hacia el rincón donde apareció por primera vez y se desvaneció inexplicablemente. Su luz se disipó, dejando en el ambiente un agradable aroma a flores.

Isidro permaneció expectante, sin percatarse que otra sombra se acercaba hacia él sigilosamente. Le agarró rápidamente de los hombros y le amenazó. Fue tal el sobresalto que el pequeño se orinó encima. En ese instante, las manos que lo aprisionaban, le soltaron.

-¡Me has manchado con tus orines, estúpido crio!- exclamó irritado su atacante.

-¡Por favor, no me hagas daño!

-Mocoso, si obedeces mis órdenes y permaneces callado, no te dañaré.

Su agresor era un muchacho desgarbado, de expresión dura y mirada astuta.

-¡A ti te conozco! ¡Eres el huérfano rebelde del hospicio!- exclamó Isidro, señalando a Adalulf -¡Si alguien descubre tus fechorías, te castigarán y te expulsarán!

-¡Eso ya no importa! ¡No tengo paciencia para aguantar estupideces! ¡No toleraré que nadie se interponga en mi camino! Dime, ¿dónde guardáis el dinero de la caridad?

-¡No lo sé!

-¡No intentes engañarme! -Isidro se puso nervioso e intentó huir. Adalulf vio sus intenciones y le cortó el paso. -¡Volveré a repetírtelo por última vez! -decía, mientras se esforzaba por inmovilizarle. De su bolsillo sacó un pequeño cuchillo, que hirió accidentalmente la mano del niño. Era la

primera vez que Isidro veía aquel fluido de intenso color rojo, surgir del interior de su cuerpo. -¡Maldita sea mocoso, te lo advertí! – exclamó, mientras abandonaba la Iglesia frustrado y decepcionado.

Padre Álvaro apareció segundos después, tras escuchar el alboroto producido. Horrorizado, vio a Isidro sangrar.

-¿Qué ha ocurrido aquí?! ¿Quién te ha atacado?

-Un ladrón ha venido en busca de monedas.

-¡Qué desfachatez! Pero dime, ¿por qué no estabas en tu alcoba?

-He ayudado a un sacerdote a officiar una misa.

-¿Cómo dices?

-Al no poder dormir, sentí la necesidad de regresar a la capilla. Poco después de sonar las campanadas de medianoche, vi a un hombre vestido con una extraña sotana luminosa. Me pidió ayuda y juntos, realizamos la misa que tanto deseaba.

-Hijo, a estas horas no hay ninguna ceremonia programada. A no ser que... ¡Imposible, es una locura!

-¿Qué es imposible?

-¡Que te hayas comunicado con el fantasma que ha sembrado el temor a esta feligresía, durante años! Voy a ser sincero contigo, mereces conocer la verdad de este lugar salpicado con tu sangre. Nadie conoce con certeza, la identidad del párroco que tiempo atrás vivió en estos muros. Ni la muerte pudo alejarle de sus feligreses, pues su presencia se prorrogó hasta nuestros días; aunque no de la forma que hubiera deseado... Cuentan que su alma estaba condenada al purgatorio, ya que poco antes de morir celebró una misa sin la ayuda del monaguillo. Aquel error provocó que el hombre, muy temeroso de Dios, en su lecho de muerte se arrepintiera del error. Pero al no tener tiempo para enmendarlo, su alma no encontró la paz y le fueron cerradas las puertas del Paraíso. Cada noche; después del tañido de las campanas; regresaba para officiar la misa correctamente, ayudado por un mortal. Se le permitiría pedir ayuda tres veces. Si nadie colaboraba, regresaría de nuevo al purgatorio, a la espera de una nueva oportunidad. El temor de los hombres, le impidió llevar a cabo su misión. Aquellos que lo veían aparecer, huían aterrorizados. Su maldición se alargó durante un siglo, convirtiéndose en leyenda. Aunque lo intenté, nunca logré verle. ¡Pero tú has sido capaz! ¡Tu corazón es el más puro! Has liberado un alma en pena de su tormento, la misma noche en que tu sangre se ha derramado en este suelo consagrado. ¡Esto no es casualidad, es voluntad del Señor! Si lo deseas, te ayudaré a comprender

los misterios de la Providencia. Como dijo una vez un sabio: "Así como una jornada bien empleada produce un dulce sueño, así una vida bien usada causa una dulce muerte" Siento que muchos cambios están por llegar. Ahora más que nunca, las gentes necesitan nuestra ayuda. El miedo a lo desconocido provoca que un hombre caiga en el abismo de la ignorancia. ¡Permíteme que sea tu mentor, únete a la gran comisión de Cristo!

Isidro contempló su mano ensangrentada. Recordó el encuentro con Adalulf y su desesperación, reflejada en su mirada. Sintió pena por él. Se le humedecieron los ojos. Padre Álvaro, lo advirtió.

-“Para borrar nuestras faltas a los ojos de los hombres son precisos torrentes de sangre, pero ante Dios basta con una sola lágrima”.  
-parafraseó Padre Álvaro, de nuevo.

Isidro recapacitó. A pesar de liberar a un espíritu del purgatorio, todavía quedaban demasiadas almas en pena vagando por el mundo.

### **TRAZANDO UN NUEVO RUMBO**

-“Dicen antiguos relatos marineros, que cuando las gaviotas permanecen silenciosas y el mar se cubre por una densa bruma, terribles desgracias están por suceder. En esos días, los navegantes acobardados por los malos augurios, dudan en levar anclas o liberar amarras. La amenaza de una sombra errante, perdida entre la fría inmensidad del mar, continua presente en el recuerdo de aquellos que han notado alguna vez su presencia. Una pequeña embarcación de velas plegadas, navega a la deriva desde hace siglos sin alcanzar costa alguna. A bordo, un peculiar marinero se haya embarcado en contra de su voluntad... “- explicaba Velasco Ithurralt, un viejo pescador. -“Siendo un día de calma, un ligero oleaje golpeó el casco de una imprudente embarcación, que se encontraba navegando. Sin saber su origen, el tripulante oteó el horizonte en busca de velas sospechosas o posibles arrecifes. De repente, por detrás, una silueta le abordó; atacándole y arrebatándole la vida. La criatura era tan voraz, que no dejó caer al agua ningún resto del cadáver. De un salto, el ser regresó a su mazmorra flotante y tal como apareció, se esfumó. No hubo llantos, ni oración, ni ceremonia por el alma de aquel pobre desdichado. Sólo se escuchó un extraño y hondo lamento en la lejanía. La embarcación de la víctima, permanecería a la deriva, esperando encallar o hundirse.”

-¿Quién era el fantasma?- preguntaron unos niños que le escuchaban atentamente.

-¿Fantasma? ¡Ojalá esa criatura hubiera encontrado la muerte! ¡No, está condenada a vivir eternamente y a sufrir locura por el hambre! Ese es el precio que debe pagar por su comportamiento osado y avaricioso. ¡Si

queréis os contaré como se originó esta amenaza, más terrorífica que cualquier ataque de piratas berberiscos! - los niños animaron al pescador para que siguiera con la narración. – “¡Incontables son las mareas que han azotado las playas del pueblo costero donde este suceso aconteció; pero aun así, la memoria de aquellos hombres de sangre salada no flaquea! Era el atardecer de un día de invierno. El mar estaba fuertemente agitado por un intenso viento que parecía no rolar ni aminorar. Estando las barcas de pesca varadas en la orilla de la playa, con hogueras encendidas en la arena y con pescadores remendando las redes de esparto, aparecieron silenciosamente un grupo de lobos. Se acercaron atraídos por el hambre y el olor del pescado. Los marineros con sus bicheros, palos y antorchas, lograron ahuyentar a las fieras. Pero había un lobo más grande y pícaro que el resto. Se escabulló pasando inadvertido y saltó con gran impulso dentro de una embarcación para devorar el alimento. Ésta, al no encontrarse amarrada, se alejó de la playa arrastrada por la fuerte ventisca. Cuando se dieron cuenta, los hombres ya no pudieron hacer nada por recuperarla. Impotentes, viendo la barca alejarse mar adentro con el lobo en su interior, maldijeron a la bestia para que nunca más pusiera una zarpa en tierra. ¡No hay mentiras en las palabras de aquellos hombres; así lo contaron y así os lo he transmitido!”

-¡A eso se le llama ser un lobo de mar! - bromeó uno de los niños, desatando la risa de sus compañeros.

-¡No te atrevas a frivolizar con estos asuntos muchacho! –se quejó molesto Velasco- ¡Riéndote, ofenderás a la Virgen del Carmen con estas palabras tan irrespetuosas! ¡Ya puedes ir a confesarte! Muchos hombres desaparecen misteriosamente en la mar y nunca más se sabe de ellos. - decía preocupado, mientras veía en las inmediaciones a un grupo de perros de aspecto salvaje.- ¡Ahora marchaos, tengo trabajo que hacer, ya me he cansado de tanto hablar!

El grupo de jovenzuelos se alejó, buscando los cuentos de otros pescadores. Velasco terminó de remendar sus redes y regresó a la playa en la que llevaba tres meses viviendo.

En los almacenes del puerto, un mercader esperaba impaciente su provisión de sal. Consciente de la gran demanda de este producto, la Corona incluyó las salinas del país dentro de sus propiedades; haciéndose cargo exclusivamente de ellas. Del mismo modo, las aguas del litoral también eran propiedad del rey. Éste podía otorgar o retirar la licencia de pesca a cualquiera. El reino mantenía conscientemente la precariedad en las vidas de sus comunidades pesqueras.

Un grupo de operarios cargados con sacos de sal se acercaron al carro. El transportista notó algo extraño en la mirada de unos de ellos. No tardó en

descubrir sus verdaderas intenciones.

-¿Eh tú, que diablos quieres?! ¡Sé lo que pretendes! –Dijo a un joven que ya se alejaba rápidamente. -¡Devuélveme mis pescados, ladrón! -el chico era Adalulf. -¡Hazte con una red o fabricate una caña, si quieres peces!

-No sé pescar en el mar, señor.

-Aquí hay muchos pescadores que necesitan marineros, aunque sean inexpertos. Puede que alguno de ellos te acepte; si no pierde antes la paciencia y te arroja a los tiburones.

Ninguno de los pescadores con los que habló Adalulf, estaban interesados en ofrecerle un trabajo. Desanimado, optó por seguir a los perros que vagabundeaban por la zona. Esperaba encontrar algún lugar donde hubiera comida. Cuando se alejó del puerto, localizó una pequeña y humilde choza ubicada en una playa cercana. Allí vivía Velasco Ithurralt, el pescador nómada. Aprovechando las estaciones y las migraciones de los peces, navegaba hacia distintos lugares en busca de capturas. En su juventud, se embarcó en balleneros vascos, participando en las campañas de caza en aguas de Terranova. Más de dos mil hombres se dirigían cada año hacia esas lejanas latitudes, para capturar alrededor de cuatrocientas ballenas. También navegó hacia otras costas (Groenlandia, Islandia, Noruega...) para pescar bacalao. Pero los buques ingleses y holandeses terminaron por expulsarles de los caladeros. Finalmente las prosperas campañas fueron decayendo ante los conflictos bélicos constantes. A pesar de todo, Velasco continuó trabajando en *txalupas* en su pueblo natal *Getaria*; cazando a ballenas francas cuando aparecían junto a las costas cantábricas. Pero con el tiempo, el número de animales avistados en las atalayas descendió drásticamente. Sumándose la falta de trabajo, a la villa se le prohibió pescar como castigo por no ofrecer el número de reclutas que Su Majestad había reclamado para alistarse en la Armada. Otra aldea, *Mutriku*, también sufrió la prohibición. Velasco, cansado de esperar y deseoso de volver a navegar hacia donde el Sol se ponía, optó por abandonar su hogar.

-¿Son tuyos estos perros? –dijo el pescador a Adalulf con mirada recelosa.

-No señor, pero llevo tanto tiempo viviendo en la calle, que a dónde voy, me siguen. -respondió molesto.

-¿Y qué se te ha perdido en esta playa?

-Busco trabajo y alimento. Me han dicho que a pesar de las dificultades, la mar recompensa con gran cantidad de pescado, a aquellos que se

adentran en ella. ¡Quiero aprender a capturarlo!

-Soy demasiado viejo y mi paciencia tiene un límite. ¡Pero qué diablos! ¡Veo en tus ojos el deseo de la libertad! Esa misma libertad que se siente, cuando abandonas la tierra y te echas a la mar. ¡Lugar donde sólo son libres las aves, los peces y algunos locos inconformistas, suficientemente valientes para arriesgar sus vidas persiguiendo un sueño!

Adalulf aprendió a manipular y tejer redes de esparto, lino y cáñamo. También aprendió a navegar. Creyó descubrir aquello que le gustaba. En el mar disfrutaba de una quietud y serenidad difíciles de encontrar en tierra firme.

Una noche, durmiendo Adalulf en la choza y Velasco a bordo de su barca, los perros que siempre le seguían, regresaron. Pero la manada era diferente. Los machos habituales no acompañaban a las hembras. Habían sido sustituidos por un grupo de jóvenes lobos, que rápidamente inspeccionaron los alrededores antes de regresar a sus refugios, en las colinas del *Montjuïc*. Cada vez eran más frecuentes las incursiones de lobos en las ciudades. Al parecer se unían astutamente a los grupos de perros domésticos locales, pasando desapercibidos a ojos de los ciudadanos.

A la mañana siguiente, Velasco despertó al escuchar unos aullidos. Como si de un mal augurio se tratara, se incorporó y fue en busca de Adalulf.

-¿Muchacho, dónde están los peces que ayer capturamos? –dijo, mientras buscaba las cestas donde los habían guardado.- ¡Maldición, han desaparecido todos! ¡Tú eras el responsable de vigilarlos!

-¡No sé qué ha pasado! –respondió extrañado Adalulf.

-¡Yo sí lo sé! ¡Como bien dice un proverbio, en el mar de la mentira todos los peces nadan muertos! ¡Me advirtieron sobre ti, el primer día que trabajaste conmigo! Los rumores dicen que eres un ladrón. ¡Y que utilizas a los perros salvajes que te acompañan, para robar comida! ¡Esta noche tus cómplices han venido a por mis peces! ¡Incluso puede que algún día vengan a devorarme a mí!

-¡Es totalmente falso! ¡Sabe que he trabajado duro y nunca le he causado problemas!

-Si pones en duda mis palabras, entonces dime, ¿A quién pertenecen estas huellas en la arena?- señalando rastros evidentes de presencia de perros. -Joven, no puedo confiar en ti, después de lo ocurrido. Mi sustento depende de ello. No sé si eres amigo de esos malditos lobos mestizos, o sólo un desgraciado al que le acompaña la mala suerte. ¡Pero no estoy dispuesto a averiguarlo! ¡Tienes suficientes conocimientos para espabilarte

por tu cuenta! Dios nos pone a prueba con dificultades. Por eso los mares tranquilos no forman a marineros hábiles...

Velasco Ithurralt tomó la decisión de trazar rumbo hacia costas más lejanas. Aquella playa estaba demasiado vigilada por ojos y olfatos perspicaces.

Adalulf, observó la embarcación alejarse, hasta desaparecer en el horizonte. Gritó con rabia, pero la brisa del mar devolvió su voz. Terminó por aceptar que su destino, no le esperaba en mitad de aquel gran desierto azul.

FIN

**Descubre la continuación de la historia en "Leyendas de Poniente"**